

# Una comisión francesa en la epidemia de Andalucía (1800-1801)

El verano de 1800 fue extraordinariamente caluroso en Andalucía. A las lluvias abundantes que duraron hasta mayo, hecho ya inhabitual, sucedieron calores insufribles. Del 10 al 15 de julio, el termómetro de Fahrenheit subió al grado 85, el 19 de agosto alcanzó el grado 87. El viento del este, recio y sumamente caliente, sopló cuarenta días consecutivos, provocando una disminución de fuerzas, un agobio y decaimiento de ánimo general. Ante calores tan excesivos propios de las Antillas, los andaluces sólo encontraban algún alivio y consuelo en los baños de mar.

A principios del mes de agosto, reinaban en Cádiz las dolencias acostumbradas: fiebres gástricas, anginas biliosas, disenterías, fiebres sinocales, a veces pútridas, que cedían con un tratamiento a base de temperantes, ácidos y evacuantes. Pero, a partir del 10 de agosto, se manifestó otra clase de enfermedad, con síntomas gravísimos de putrididad y malignidad extremadas.

Atacó primero a unos habitantes del barrio de Santa María, populoso y poco limpio, donde moraban marineros, obreros del puerto y vistas de la aduana. Estacionaria algún tiempo, no tardó en invadir toda la ciudad, sembrando la alarma entre el cuerpo médico, perplejo en cuanto a su naturaleza y desbordado por el flujo inaudito de enfermos. En poquísimos días, segó la fracción más robusta de la población. De hecho, la invasión de la enfermedad se había producido antes, a finales de julio, cuando en las calles Sopranis y Boqueta, unos individuos se vieron acometidos por los mismos síntomas que se observaron luego en los demás enfermos. Todos habían tenido algún contacto con la tripulación de una corbeta americana procedente poco tiempo hacía de la Habana, a cuyo bordo, durante la travesía, habían fallecido varios hombres y quedaban todavía tres enfermos. Los dos guardias que se destinaron a vigilarla en cuanto arribó, se pusieron malos inmediatamente. El teniente visitador don Francisco de Paula Carrión, no bien subió al barco, experimentó un profundo sentimiento de malestar y de inquietud, como en los pródromos de una dolencia grave y a los pocos días, tuvo que guardar cama y contaminó a su numerosa familia.

Pronto estuvo la enfermedad inficionando todo el barrio de Santa María y sólo cruzarlo en unos minutos bastaba para que uno contrajese el mal, como pasó con un canónigo de la Catedral, don Cristóbal Sánchez que, al respirar emanaciones de calidad especial y repugnante, se notó raro, como si le hubieran asestado un golpe terrible y murió tres días después. La progresión fulminante de la fiebre pestilente hizo que ya el 15 de agosto, cada médico tenía centenares de pacientes que atender. En el convento de la Merced, edificado en medio del barrio de Santa María, veintiocho monjes que

habían asistido a los enfermos del sector, estaban agonizando. Todos habían experimentado una extraña desazón al inhalar el hedor que rodeaba a los enfermos y que les parecía comunicarse y adherir a su propia ropa.

En aquellas fechas, ninguna novedad se había señalado en Sevilla. Sin embargo, fue la primera ciudad acometida después de Cádiz. Era inevitable por el tráfico diario por vía fluvial que existía entre las dos capitales. Las primeras víctimas fueron los marineros que residían en el barrio de Triana, separado de la ciudad por el río<sup>1</sup>. Allí permaneció el germen infeccioso unos quince días o por lo menos, apenas si se extendió. Un edicto publicado en Sevilla el 3 de septiembre de 1800 por don Antonio Fernández Soler, teniente primero de Asistente de la Chancillería de Sevilla,<sup>2</sup> alude esencialmente al barrio de Triana, prohibiendo a los habitantes salir de él sin avisar de su intención a la Superioridad y recomendando la misma prudencia a todos los sevillanos para que no se trasladen hacia el punto infectado.

Ya se sabe cómo la pestilencia ejerció horribles estragos en esta primera zona, ganando a la vez todas las casas y cómo, a pesar de las providencias juiciosas que se tomaron para proteger los barrios situados en la otra margen del Guadalquivir, no fue posible detener su marcha trágica. Sucesivamente, el barrio de los Humeros, frente a la parte occidental de Triana, poblado de marineros en contacto estrecho y permanente con los de Triana, se contagió y la mortalidad fue allí tan considerable en pocos días que las tumbas de la parroquia de San Vicente no fueron bastante capaces para inhumar los muertos. La propagación del mal fue rapidísima de un barrio a otro, al norte y al este y por fin alcanzó los barrios de la Macarena y de San Roque, lugares más alejados del foco primitivo de la enfermedad.

Con suma violencia y crueldad, barrió las ciudades y pueblos circunvecinos hasta más de treinta leguas, destruyendo un número infinito de vidas, sin la menor distinción de edad o sexo. Andalucía toda, en unas semanas, se halló sumida en un drama atroz, de pavorosas dimensiones.

La infausta noticia del azote se conoció en Europa y todas las hojas públicas daban informaciones sobre su tremenda progresión y el número abultado de sus víctimas. Pero reinaba la más completa incertidumbre. ¿Qué nombre dar a esta calentura pestilente que presentaba síntomas conocidos y otros nuevos, nunca vistos en Europa? Era urgente determinarlo para intentar oponerle un tratamiento adecuado. Circulaban opiniones contradictorias. ¿Se trataba de una fiebre epidémica bilioso-pútrida, de las otoñales que, a menudo en Andalucía y en otras muchas provincias de España, se manifestaban y que, cuando llegaban a un estado de malignidad, ofrecían cierta semejanza con las de Cádiz y de Sevilla y hasta parecían propagarse por contagio? ¿O de la temible peste de Oriente, tan devastadora? Unos pensaban: ¿No sería la fiebre ama-

<sup>1</sup> La familia de los Lebrones pereció en muy breve tiempo, a excepción de un solo individuo al que echaron en la cárcel por su conducta imprudente que había favorecido la penetración del mal en su patria. Pero luego recobró la libertad.

<sup>2</sup> Pertenecía al Consejo de S. M. y era también Alcalde del crimen honorario de la Real Chancillería de Granada.

rilla? A la sola evocación de este nombre, todos temblaban y muchos dudaban, porque hasta entonces, había perdonado a Europa.

Varias apelaciones la designaban: tifo icterodes, tifo amarillo, tifo de América, *black vomiting* y en España, vómito prieto o negro. Su centro primitivo había sido el golfo de Méjico. Ya Cristóbal Colón, al desembarcar en Santo Domingo en 1493, vio parte de su tripulación arrebatada por esta enfermedad. Acantonada en un principio en el litoral del golfo y en las Antillas, había creado luego focos secundarios en las costas oriental y occidental de Estados Unidos, alcanzando Nueva York en los albores del siglo XVIII. En 1793, Filadelfia sufrió sus feroces embestidas, y en este verano de 1800, iba exterminando las poblaciones de la Habana, Baltimore, Norfolk y Providence en Rhode Island. Todas las comunicaciones entre estas ciudades infectadas y Filadelfia o Nueva York estaban interrumpidas. Pero Europa, no obstante el tráfico intenso y regular que mantenía con aquellas comarcas ultramarinas, hasta este año aciago de 1800, se había preservado milagrosamente del miasma mortífero.

En todas las ciudades, burgos y pueblos acometidos, el pánico se apoderó de los espíritus, ocasionando una emigración desordenada y loca. Al huir del contagio, unos trasladaban a otros sitios el germen que llevaban ya en su organismo y contaminaban zonas vecinas. La Carlota, Isla de León, Chiclana, Puerto Real, Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera, Sanlúcar de Barrameda se infectaron a su vez. Cual incendio voraz, la «enfermedad de Andalucía» cundía veloz, cebándose en todas las vidas que encontraba a su paso. Parecía no querer detenerse en su demencial carrera.

Francia y particularmente sus provincias fronterizas con España estaban angustiadas. Los intercambios comerciales entre ambas naciones eran tan multiplicados y frecuentes por mar y tierra que se recelaba en cada momento ver la plaga introducirse en los departamentos meridionales cuyo clima ofrecía muchas analogías con el de Andalucía.

La Escuela de Medicina de Mompeller fue consultada para dar su opinión sobre la clase de «epidemia» que asolaba Andalucía y proponer medios para detener sus progresos. Recibió una memoria impresa, redactada de orden del Ayuntamiento por el médico titular de Cádiz, con su versión manuscrita al francés. Este informe o *Historia de las fiebres epidémicas que se padecen en Cádiz* no llenó sus deseos, porque lo juzgaron incompleto. Para no atemorizar al pueblo se habían omitido las observaciones clínicas más interesantes que hubieran permitido establecer un diagnóstico inequívoco. Privada de estas nociones imprescindibles y convencida de que tardaría mucho tiempo en conseguir las, la Comisión de consulta adoptó el partido más sensato. La humanidad y la confianza que los gaditanos demostraban, le imponían el deber de contestar prontamente. Expresó pues su parecer, no sin reserva, como una mera probabilidad, puntualizando que el tratamiento que preconizaba no era más que condicional. Informado el gobierno francés de la República del resultado de esta consulta y a solicitud del rey de España Carlos IV, concibió el proyecto amistoso en favor de sus aliados, de mandar a España un grupo de médicos franceses<sup>3</sup>, para tomar exacto conocimien-

<sup>3</sup> Carta del ministro del Interior con fecha de 18 de brumario, año IX (9 de noviembre de 1800).